

Un mandamiento nuevo para una tierra nueva

Durante este encuentro fraterno que ha sido el XI Consejo de ACO, hemos estado conviviendo, orando y reflexionando para discernir cómo abordar los retos del mundo de hoy y responder a la llamada que Jesús nos hace de implicarnos y comprometernos allí donde estamos para hacer crecer el Reino de Dios.

De este Consejo emanan nuevas formas de organizarnos para profundizar en la misión de llevar el Evangelio a los trabajadores y trabajadoras y a las clases populares en las circunstancias difíciles que el mundo obrero vive hoy. Lo hacemos con la convicción de que el verdadero fundamento debe ser Jesucristo, porque sólo «Él puede hacer que todo sea nuevo.» El libro del Apocalipsis, de donde surge el lema «Yo hago nuevas todas las cosas» (Ap 21,5), nos revela qué es este «todo»: «un cielo nuevo y una tierra nueva.» Y es aquí donde sentimos la llamada: «no somos *instrumentos* en manos de Dios, porque un instrumento no tiene responsabilidades, sino que Dios nos ha llamado a participar responsablemente en la creación (...) y que no sea nunca tierra de exilio, de pena y de muerte », dice la teóloga Roser Solé. Para construir este «cielo nuevo y tierra nueva» señalamos algunas realidades de muerte contra las que debemos luchar, junto con otros, y por eso manifestamos que:

- Las hermanas y hermanos inmigrantes y refugiados merecen otro trato y otra acogida por parte de nuestro mundo rico. No nos cansaremos de exigir y exigir humanidad a nuestros representantes políticos y una respuesta institucional basada en los valores de la solidaridad y el respeto a los derechos humanos;
- No nos resignamos a la consolidación de un trabajo dual, que privilegia unas élites y condena a la mayoría de trabajadores a la precariedad. Reivindicamos que no queremos cualquier trabajo, sino que queremos para nosotros, para nuestros hermanos y para nuestros hijos, un trabajo decente, que dignifique y nos realice;
- Somos conscientes de que las instituciones democráticas de que nos hemos dotado están enfermas por el mal de la corrupción que tiene su raíz en la preeminencia de los grandes poderes económico-financieros. El único camino para corregirlo es profundizar en la pulsión colectiva (que todos tenemos), en los valores del bien común y en la denuncia valiente de las situaciones de corrupción;
- Observamos con preocupación e indignación y lamentamos como la violencia estructural y ambiental se está trasladando al ámbito de las familias. La violencia de género, que tantos sufrimientos y muertes de mujeres produce, pero también, la violencia que se dirige contra nuestros abuelos, los niños y, en definitiva, los más débiles, no pueden ser, de ninguna manera, consentidas, normalizadas, ni toleradas. No podemos ni debemos ser indiferentes.

«Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 15,12). Este es el mandamiento nuevo que nos dejó Jesucristo y que nos hemos de creer y practicar. Sólo así cambiaremos los corazones de piedra en unos corazones de carne (cfr Ez 11,19), en una sociedad cohesionada y que se ocupa de los más pequeños y vulnerables.

Begues, 21 de mayo del 2017